

se le encargó una misión en Berlín, y regresó más tarde a París. Se le veía con frecuencia en el Palacio Borbón, hablando aparte con uno y otro de sus colegas, evocando los recuerdos del Imperio, dirigiéndose con preferencia a los necesitados y a los descontentos, y empleando con ellos el lenguaje más propio para halagar sus ambiciones y sus odios. En este nuevo partido, aún se guardaban de atacar a la Asamblea. Pero daban a entender que los jefes parlamentarios personificaban las viejas doctrinas y el presidente la soberanía nacional. Hacían recaer en los representantes legitimistas u orleanistas la responsabilidad de las medidas represivas, atribuyéndose el mérito de las medidas populares. Tal era, a fines de 1849, tal fué, sobre todo, más tarde el *partido del Eliseo*.

En frente de este partido se alzaba, muy numerosa aún, la mayoría de la Asamblea. Esta se componía de legitimistas, de amigos de la dinastía de Orleans, de hombres a quienes preocupaban sobre todo las cuestiones religiosas, de parlamentarios de ideas vagas, que oscilaban entre la monarquía y la República, dispuestos a aceptar de una ó de otra la paz y la libertad. Al frente de esta mayoría se hallaban Thiers y Berryer, ambos favorables a Luis Napoleón; Molé y el duque de Broglie, más penetrados de la necesidad de unión, más confiados en la lealtad del presidente; Montalembert, preocupado ante todo de los intereses católicos y dispuesto a estar bien con el príncipe, aun a riesgo de comprometerse a los ojos de sus propios amigos.

En aquella mayoría habían recuperado su puesto los ministros caídos el 31 de octubre. Tocqueville aparecía, como siempre, algo triste y desalentado: Dufaure estaba receloso; Barrot se mostraba inquieto; había hablado a menudo con el presidente y, a pesar de su optimismo ordinario, sospechaba algunas de sus ambiciones: en cuanto a Falloux, estaba enfermo y ausente, y sus amigos, privados de su concurso, echaban de menos su tacto político. Aquel gran partido carecía de homogeneidad; pero, a pesar de las divergencias parciales, dos sentimientos dominaban ya respecto a Luis Napoleón y se encontraban, en grados diversos, lo mismo en los adversarios más hostiles que en los que le tenían menos mala voluntad. Unos y otros le desdaban y temían a la vez. El despecho sobre todo, era grande. Nunca deja de causar disgusto el ver crecer a un rival; pero cuando ha creado uno este rival, el disgusto es doble. A los jefes de la mayoría les parecía que Luis Bonaparte, al aceptar tiempo atrás su patronato, se había comprometido a no crecer jamás; y a sus ojos, los esfuerzos del príncipe para dominar era una especie de felonía. Tal aparecía el *partido de la Asamblea*.

Tantas causas de rozamiento dejaban entrever una ruptura más ó menos remota. Aún se marchaba de acuerdo, pero a modo de ciertos ejércitos aliados que están celosos unos de otros combatiendo juntos y que se aborrecen mutuamente casi tanto como aborrece cada uno al enemigo común. Sin embargo, la doble voz del patriotismo y del interés había de retrasar la hora inevitable de la separación definitiva. Todavía durante seis meses, es decir, durante todo el invierno de 1849 a 1850, la mayoría de la Asamblea tuvo una influencia preponderante en la política; y aprovechó de aquellos últimos meses de paz para hacer una ley famosa que

quedará como su más sólido título a la gratitud del porvenir. Me refiero a la *ley sobre la libertad de enseñanza*. Esta ley es bastante importante para que se la estudie hasta en sus orígenes y para que se describa el movimiento de opinión que la hizo posible y necesaria.

II

Bajo el antiguo régimen, multitud de establecimientos atendían en Francia a la educación de la juventud: había las universidades, los colegios de la congregación del Oratorio, los de los benedictinos y hasta 1762 los de los jesuitas; y en una esfera más modesta, las escuelas de las abadías ó las escuelas de música de las catedrales. La solicitud de los príncipes ó el celo de las órdenes religiosas habían creado esos focos de vida intelectual, que generosas liberalidades habían aumentado y desarrollado y en las cuales se enseñaban las letras divinas y humanas con un esplendor jamás sobrepujado.

Pero sobrevino la Revolución, que realizada en nombre de las luces, dió como primer resultado apagarlas todas: el huracán arrastró consigo universidades, órdenes religiosas y establecimientos de toda clase, y hasta desaparecieron las más humildes escuelas. La Asamblea constituyente, la Asamblea legislativa, la Convención y el Directorio hicieron vanos esfuerzos para reemplazar lo que había sido destruído. Las escuelas oficiales vegetaron y la juventud fué entregada á especuladores ávidos, los más de ellos faltos de moralidad y de instrucción. A fines del siglo, el régimen revolucionario había acumulado casi tantas ruinas en el orden intelectual como en el moral: aquel régimen sólo se cuidó de enviar gente a los campamentos, al destierro y al patíbulo.

Apareció en esto el primer cónsul trayendo consigo el poder absoluto, el único que después de tantos crímenes merecía nuestra patria; y cuando hubo reorganizado la hacienda, la administración y la justicia, Bonaparte consagró sus cuidados a la instrucción de la juventud. La concepción que imaginó ostenta claramente el sello de su genio, enamorado de la regularidad y ávido sobre todo de dominación.

Creóse entonces un cuerpo docente al que, en recuerdo del pasado, dióse el nombre de *Universidad de Francia*, a cuyo frente había un *gran maestro* encargado de gobernarla con la ayuda de un consejo. Desde el punto de vista de la instrucción pública el país estaba dividido en cierto número de distritos denominados *Academias* y cada una de éstas era administrada por un *rector*, auxiliado, como el gran maestro, por un consejo. Los establecimientos de educación se llamaban *liceos* ó *colegios*, según que estuvieran sostenidos por el Estado ó corrieran a cargo de los municipios. Esta organización se completó con un sistema de inspecciones periódicas. Los miembros de la Universidad formaban una especie de corporación que se distinguía, sin embargo, de las corporaciones antiguas por su carácter esencialmente laico y por su espíritu de centralización. El ingreso en la carrera se hacía mediante exámenes y existía una jerarquía tan sabiamente calculada como la del ejército; los programas se formaban con un cuidado escrupuloso, a fin de evitar toda tentativa temeraria ó simplemente atrevida, y por temor de que alguien se sintiera tentado a olvidarlo, se recordaba que todas las escuelas

de la Universidad debían adoptar «como base de su enseñanza: primero, los preceptos de la religión católica; segundo, la fidelidad al emperador, a la monarquía imperial, depositaria de la felicidad de los pueblos, y la dinastía napoleónica, conservadora de todas las ideas liberales proclamadas por las constituciones (1).» La disciplina era casi tan rigurosa como la de un claustro: los miembros del cuerpo docente habían de prometer obediencia al gran maestro, y una vez agregados a la institución, no podían abandonarla sin consentimiento de su jefe; y hasta se les imponía la revelación de todo cuanto pudieran enseñar contrario a la disciplina y a los privilegios de la corporación (2). La obligación del celibato se hacía extensiva a censores, principales y maestros de escuela (3). Pero esta rigurosa dependencia hallábase compensada por numerosos privilegios: creáronse distinciones honoríficas, se estimuló con recompensas el trabajo ó la lealtad al príncipe y finalmente se eximió del servicio militar a los miembros de la Universidad, inmunidad que no era la menos apreciada en un tiempo en que la contribución de sangre pesaba tan enormemente sobre las familias.

Aquella gran corporación con su disciplina semi-militar, semi-monástica, imponía a los demás el yugo que ella misma sufría; y del mismo modo que ella no podía hablar sin permiso del emperador, nadie podía tampoco hablar sin su propio permiso. «No se puede instituir ninguna escuela, ningún establecimiento de instrucción pública fuera de la Universidad imperial y sin su beneplácito.» Así decía el artículo segundo del decreto de 17 de marzo de 1808. Sólo la Universidad celebraba exámenes y otorgaba diplomas; sólo ella tenía el derecho de abrir escuelas de primera y segunda enseñanza y de enseñanza superior; nadie era admitido a enseñar a su lado sin su estampilla, de suerte que no tenía más competidores que los que quería aceptar. El *monopolio*, como se ve, quedaba establecido, sin que nadie se tomara la pena de suavizarlo ó disimularlo.

Tal fué la organización bosquejada por el decreto de 11 floreal del año X y desarrollada y completada más adelante por los decretos de 17 de marzo de 1808 y 15 de noviembre de 1811, obra extraña que por medio de una especie de secuestro de la juventud parecía asegurar al déspota la perpetuidad del despotismo, y que por extraordinaria que fuese se explica por la época misma en que surgió. La Revolución había destruído los establecimientos científicos que el trabajo de los siglos levantara, y como Francia se había convertido en una tabla rasa, era preciso construir lo más de prisa posible y por completo un refugio para las generaciones sucesivas. Napoleón construyó este refugio y puesto que no le estorbaba ningún precedente, dió libre curso a sus instintos, que le impulsaban a la centralización y al poder absoluto.

Cuando la Restauración substituyó al Imperio, pudo creerse si no que destruiría la Universidad (lo que habría sido imprudente y excesivo), por lo menos que la despojaría de su monopolio. Dos razones parecían invitarla a ello: la primera, que el monopolio era desfavorable especialmente para la Iglesia. Desde tiempo in-

memorial, el clero, así secular como regular, había reivindicado como una de sus atribuciones esenciales el derecho de cooperar en la educación de la juventud; pues bien, según la legislación existente, sólo podía enseñar con el beneplácito de la Universidad. Además, la Universidad misma, a pesar de sus estatutos, distaba mucho de ofrecer, desde el punto de vista religioso, las garantías que reclamaban las conciencias escrupulosas ó simplemente delicadas; y esta situación había de originar en el seno de las familias cristianas y en las filas del sacerdocio ó del episcopado un concierto de lamentos que no dejaría de acoger un gobierno como el de la Restauración. Pero aparte de esta consideración un segundo motivo de índole política impulsaba a restringir la obra de Napoleón I: la educación universitaria que monopolizaba al niño en nombre del Estado y arrojaba en el mismo molde a todas las generaciones, convenía admirablemente a un Estado absoluto, pero no a un Estado libre, y en el momento mismo en que la casa de Borbón introducía en nuestra patria las instituciones de Inglaterra, era incomprensible que en materia de enseñanza conservara un sistema que parecía copiado de las costumbres de Lacedemonia y que tendía a quebrantar las voluntades bajo un yugo uniforme, no a fortalecerlas poco a poco mediante una disciplina ilustrada.

Mas a pesar de estas contrarias apariencias, la Restauración recogió y conservó en su integridad el legado del Imperio. Ciertamente un decreto de febrero de 1815 anunció la presentación próxima de un proyecto de ley sobre instrucción pública; pero en esto sobrevinieron los *Cien días* y el proyecto fué diferido y más adelante olvidado. El gobierno de los Borbones, al asegurar todas las libertades constitucionales, omitió la *libertad de enseñanza*, la única, tal vez, que no entrañaba para él ningún peligro. Contentóse con engrandecer la Iglesia con favores y privilegios, pero se olvidó de libertarla de sus servidumbres. Los obispos pudieron desarrollar cómodamente sus pequeños seminarios; autorizóse la apertura de muy numerosos establecimientos eclesiásticos y hasta se protegió a los jesuitas... por lo menos hasta el día en que se les dispersó. Muchos miembros del clero entraron a formar parte de la enseñanza oficial sin modificar sensiblemente el espíritu general de la misma, y durante el ministerio Villele se puso al frente de la instrucción pública a un prelado, M. Frayssinous. La Iglesia, unida al poder con cadenas de oro, se hizo impopular como el mismo poder lo era. En cuanto a la Universidad, su situación era extraña: se la miraba con desconfianza, y sin embargo se la mantenía en su omnipotencia; era a la vez sospechosa y dominadora, tirana y víctima; se la trataba con desdén bastante para provocar su hostilidad y al propio tiempo se le consentía que imbuyera esta hostilidad a las generaciones nuevas que el monopolio ponía en sus manos.

De este modo se llegó al año 1830. Conocido es el desbordamiento de pasiones antirreligiosas que entonces se produjo: las cruces fueron destruídas, el traje eclesiástico fué insultado en las calles; ciertos obispos, como el cardenal de Rohán, no se atrevían a entrar en su diócesis; el arzobispado de París fué saqueado, y el gobierno se vió obligado a aparentar indiferencia. Y aun cuando, a consecuencia de una distracción legislativa, se escribió en la nueva Constitución la libertad de

(1) Decreto del 17 de marzo, artículo 38.

(2) Idem, artículo 46.

(3) Idem, artículo 101.

enseñanza, nadie dudaba de que esta libertad, provechosa especialmente para la Iglesia, quedaría aplazada indefinidamente.

III

Nunca está Dios más cerca de nosotros que cuando parece abandonarnos. Lo que un gobierno amigo de la religión no había sabido hacer, lo hicieron los católicos por la propia virtud de sus esfuerzos. En el mismo instante en que estallaba la impiedad en las calles, operábase en las almas un movimiento inesperado de renacimiento cristiano.

Este movimiento había sido preparado desde hacía tiempo por la Providencia. Casi en la misma época, desde 1821 á 1824, entraban en el seminario de Issy tres jóvenes cuyos nombres habían de permanecer unidos á la historia de la Iglesia de Francia. Pertenecía el primero á una noble familia, y acababa de dejar la magistratura por el sacerdocio, y deseoso de que su sacrificio fuese más completo, pensaba ya en hacerse jesuita. De su educación conservaba la sencillez y la soltura del hidalgo; debía á sus funciones judiciales una gravedad precoz y brillaba ya en su frente la aureola de santidad; más tarde le llamaron el padre Ravignán. El segundo, aunque muy joven todavía, también había vivido en el mundo antes de ingresar en la Iglesia; era de familia perteneciente á la clase media, de opiniones liberales y casi democráticas, y al consagrarse á Dios no había creído necesario abdicar de las convicciones generosas en su inteligencia arraigadas, y si bien las más de las veces lograba refrenarlas, de cuando en cuando se desbordaban de su alma demasiado llena. Sus superiores le escuchaban encantados de su franqueza juvenil, deslumbrados por su fogosa elocuencia, aunque un tanto asustados por aquellas temeridades tan nuevas en la sabia y prudente sociedad de San Sulpicio. Aquel joven era Lacordaire. El tercero de aquellos privilegiados de la virtud y de la gloria era un humilde muchacho de Saboya á quien su madre había llevado desde muy niño á París y que antes de entrar en Issy había seguido los cursos del seminario de San Nicolás. Todavía adolescente, había asombrado ya á sus profesores por sus aptitudes no menos que por su piedad, y á partir de aquella época observáronse en él las cualidades que desplegó más adelante, la potencia en la aplicación, la tenacidad en los propósitos y la actividad metódica aunque fogosa, y además un espíritu flexible, suelto, valiente siempre y capaz á la vez de sortear los obstáculos ó de abordarlos de frente. El mundo había de conocerle muy pronto con el nombre de padre Dupanloup. En 1830, el padre Ravignán, el padre Lacordaire y el padre Dupanloup llegaban á la vida pública, cual si la Providencia hubiese reservado á la Iglesia aquellos valientes auxiliares para el día en que el poder le retirara su apoyo. Los tres se diferenciaban por su carácter ó por sus aptitudes, pero por lo mismo se completaban uno á otro: tenían talento y virtud, y por añadidura poseían un don más precioso que todos los demás, el de hablar al siglo el único lenguaje que entonces podía el siglo escuchar y apreciar.

El mismo clero que recogía tales refuerzos recibía también, sin percatarse de ello y hasta contra su volun-

tad, la impresión de los tiempos nuevos. A raíz de la revolución de Julio, Lamennais había fundado el diario *L'Avenir*, cuyo programa consistía en la alianza estrecha de las ideas religiosas y liberal; pero esta obra fracasó y debía fracasar. Esta alianza preconizada bajo una forma absoluta, no dejaba de tener sus peligros: el tono de amargura del periódico, sus ataques arrogantes, la falsa situación de M. de Lamennais, en otro tiempo campeón del trono y del altar y después despreciador de las monarquías, todo hacía presagiar un fracaso. Sin embargo, el mismo mal engendró el bien; en efecto, entre el clero de Francia comenzó á cundir una opinión, antes poco propagada: la de que la Iglesia debía contar en lo sucesivo, no con los favores del poder, sino consigo misma; reclamar, no privilegios, sino el derecho común, y una vez conquistado éste, utilizarlo como arma para el bien y la salvación de las almas.

Mientras el antiguo clero francés se fortalecía con la infusión de una sangre más generosa y se penetraba, á pesar suyo, de las aspiraciones modernas, acentuábase en la sociedad laica la regresión á las ideas religiosas, surgiendo en ella algunos jóvenes que se distinguían de sus contemporáneos no sólo por el fervor de sus creencias, sino que además y muy particularmente por una manera completamente nueva de practicar y propagar su fe. Tenían toda la inexperiencia y también todo el ardor propios de su edad; las cuestiones sociales ó de economía caritativa y los problemas más arduos de la política les cautivaban; discutían con una osadía que hubiera disgustado si su sinceridad no hubiese hecho olvidar su presunción, y abrazando de un solo golpe de vista todo el porvenir, complacíanse en soñar con una Iglesia que abriese sus brazos á la sociedad salida de la Revolución y la absorbiese en su seno. Estas ideas algo confusas, muy extrañas para aquella época y hasta peligrosas bajo ciertos conceptos, eran objeto de sus apasionadas meditaciones, de las que no podía apartarles ninguna distracción mundana. A menudo, como premio de sus esfuerzos, tenían el privilegio de no agradar á nadie, pues los creyentes les censuraban por sus temeridades y los incrédulos por su fe; mas no por esto dejaban de acariciar la visión que les había encantado. Se les veía asistir á los cursos de la Sorbona ó al Colegio de Francia, atentos para recoger el error á fin de refutarlo, y se reunían en frecuentes conferencias ejercitándose á hablar en público, puestas sus miradas en los próximos combates que librarían en defensa de la causa de Dios (1). Atraíanles sobre todo las obras de caridad, y á ellas se entregaban con el ardor de sus veinte años, y habiendo uno de ellos, M. Ozanam, concebido la idea de fundar una asociación para socorrer y visitar á los indigentes, reuniéronse en número de ocho en un cuarto de una fonda del barrio latino y adoptaron algunas familias. Había entonces en el arrabal Saint-Marceau una hermana de la Caridad, sor Rosalía, que se pasaba la vida auxiliando y evangelizando á los pobres y que por el ascendiente de sus virtudes había adquirido una gran popularidad; á ella acudieron aquellos jó-

(1) Véase *Correspondence de Frédéric Ozanam, passim*. Véase también *Lettres de M. Leon Cornudet à M. de Montalembert (Correspondant, 10 de junio de 1884)*. Las cartas de M. de Cornudet son algo anteriores á 1830, pero describen de una manera maravillosa el origen del movimiento que relatamos.

venes en demanda de consejos y le tomaron algunos bonos de pan. La obra naciente fué puesta bajo el patronato de San Vicente de Paúl, y así nació esta sociedad famosa hoy extendida por todo el mundo (1).

A la predicación correspondía secundar este generoso movimiento; pero los predicadores más en boga, fieles á las antiguas costumbres del púlpito y por ende algo amanerados y excesivamente metódicos, eran más á propósito para fortalecer la fe en los creyentes que para despertarla en los incrédulos ó en los vacilantes. El siglo gastado y escéptico necesitaba ser atraído por la curiosidad; este era el único medio de apoderarse de él, y teniendo esto en cuenta, Ozanam y varios de sus amigos (2) firmaron una petición solicitando que se dieran en Nuestra Señora conferencias destinadas á demostrar la verdad del cristianismo y á hacer resaltar sus beneficios. Era entonces arzobispo de París M. de Queelen, y aunque más apegado que nadie á las tradiciones sacerdotales del antiguo régimen, tenía una inteligencia demasiado clara y un alma demasiado sincera para no hacerse cargo de la evolución que ante sus ojos se realizaba. Por esto sentía á la vez temor y gozo, y tan pronto su corazón le impulsaba hacia los jóvenes católicos, como su prudencia episcopal le hacía volverse atrás, lo cual motivaba accesos de desconfianza un tanto altanera seguidos de la más benévola cordialidad. Al fin, después de muchas vacilaciones, el prelado llamó en 1835 á Lacordaire para que ocupara el púlpito de Nuestra Señora. El día señalado, un extraño auditorio llenó la antigua basílica: no era aquella la multitud respetuosa que por lo general se junta al pie de la cátedra del Espíritu Santo, sino que con los creyentes estaban mezclados en gran número los curiosos, los escépticos y los malévolos. La gente acudía temprano para situarse cerca del orador, se disputaba los sitios, leía los periódicos y unos y otros se llamaban á distancia, como en el teatro, no faltando tampoco quienes acababan en el santuario la comida empezada fuera. Semejante espectáculo no era muy propio para disipar las aprensiones de los tímidos; pero, por fortuna, en cuanto apareció el padre Lacordaire, apoderóse de su auditorio, lo fascinó por la novedad casi temeraria de su lenguaje, y sucesivamente fué conquistando el silencio, la atención, el respeto, la simpatía y la admiración. El padre Ravignán continuó la obra comenzada por Lacordaire. Los distintos talentos de uno y otro se completaban: Lacordaire con la brillantez de su palabra atraía á sus oyentes hasta el pie del púlpito; el padre Ravignán los retenía allí con la unción comunicativa de su alma.

Aquel movimiento, una vez iniciado, no se detuvo, y la sociedad, asombrada, conmovióse ante conversiones repentinas ó inesperadas abnegaciones. Habían ingresado ya en la Iglesia magistrados como M. de Bonnechose, jóvenes de elevada alcurnia como M. de Bouillierie, profesores casi ilustres como M. Bautain, y hombres de ciencia como M. Graty. Al propio tiempo, el padre Lacordaire partía para Roma á fin de preparar allí el restablecimiento de la orden de los Hermanos Predicadores; los jesuitas no se recataban, y en Solesnes se restablecía la orden de los Benedictinos. En tor-

(1) *Vie d'Ozanam*, por Monseñor Ozanam, páginas 132 y siguientes.

(2) *Vie d'Ozanam*, por Monseñor Ozanam, pág. 206.

no de la Sociedad de San Vicente de Paúl, ó fuera de ella, creábanse obras numerosas destinadas á los *aprendices*, á los *niños abandonados*, á los *pobres vergonzantes* y á los *enfermos pobres* (3). Hasta las tendencias artísticas favorecían el renacimiento cristiano, pues la moda se apartaba de la fría imitación de lo antiguo para volver á los edificios de la arquitectura oficial levantado en las épocas de fe. Al cabo de algunos años, ni siquiera los observadores más superficiales pudieron ignorar ó desconocer este cambio de la opinión, que aparecía demostrado por síntomas visibles é inequívocos. Así se vió, á la muerte de M. de Queelen, á una muchedumbre innumerable rodear el féretro de aquel á quien habían amenazado en su persona y saqueado la casa; así también cuando el padre Ravignán inauguró la comunión pascual de los hombres, primero en San Eustaquio y luego en Nuestra Señora, millares de fieles llenaron el templo y se acercaron á la sagrada mesa. Poco después, Lacordaire, que había restaurado la orden de los Dominicos, volvió á París y se exhibió libremente en sus calles vestido con su hábito blanco. «El hombre no se precipita más allá de Dios, escribía en 1838 el señor Guizot; si va vuelto hacia el Oriente y busca allí la luz... No se ha llegado todavía á la adoración, pero sí al temor de Dios, este principio de la sabiduría (4).»

IV

En este grupo católico que acabamos de describir encontró sus defensores la *libertad de enseñanza*.

De él se destacó un hombre que hizo de aquella causa su causa propia y que fué, no sólo el campeón, sino además el apóstol de la misma, M. de Montalembert.

Contaba el conde de Montalembert veinte años cuando estalló la revolución de 1830, y ya sus largos viajes, sus variadas residencias y su extremada curiosidad intelectual habían impreso en su espíritu un desarrollo precoz. Por su familia paterna pertenecía á la antigua nobleza francesa, y su madre era inglesa; su carácter, al parecer, se resintió de este doble origen, ya que en él debían encontrarse aunados ese ardor caballeresco propio de las viejas razas de nuestro país y esa afición á la libertad metodizada que tan viva alienta en el pueblo sajón. La Providencia evitó á su juventud esos largos aprendizajes, esas pruebas penosas que si vigorizan á ciertas almas, á otras las desalientan y las agrian: muerto su padre, que era miembro de la Cámara alta, á principios de 1831, fué uno de los últimos en beneficiarse de la transmisión hereditaria de la pairía, como si el principio hereditario, herido ya de muerte, quisiera encarnar en él su última protesta. Desde aquella época, el joven se reveló con los rasgos principales que más adelante le distinguieron; era, según dicen sus contemporáneos, laborioso, ávido de saber, modesto y altivo, sincero hasta el candor, inclinado por generosidad hacia los vencidos, así como otros lo son por cálculo hacia los vencedores, lleno de indignaciones magnánimas contra todo lo que era intriga, egoísmo ó baja, y te-

(3) «Soñábase entonces con asociaciones laicas de fe y caridad que unieran á la asistencia la enseñanza y formarían una especie de *Caballería de Malta del siglo XIX*.» (*Mémoires inédites*, de M. Armando de Melún.)

(4) *Revue française*, octubre de 1838, pág. 12.

rrible en su ironía, demasiado terrible quizás, pues esta disposición, bajo el imperio de las decepciones y del sufrimiento, había de transformarse á veces, andando el tiempo, en amargura.

A la edad de veintidós años, en 1831, Montalembert imaginó para reivindicar la libertad de enseñanza un procedimiento de un atrevimiento original, cual fué el de abrir una escuela libre de acuerdo con Lacordaire y fundándose en la promesa escrita en la carta. Formósele un juicio verbal y se practicaron diligencias judiciales, que era precisamente lo que quería Montalembert. Aquellas diligencias le dieron ocasión para defender su causa, y como acababa de entrar en la alta Cámara, pudo defenderla, por privilegio de jurisdicción, delante del Tribunal de los pares; y aunque fué condenado á una multa, desenlace muy benigno y, por otra parte, perfectamente previsto, había logrado sostener el derecho negado ó diferido. Parecía aquello, salvo las debidas proporciones, una lejana imitación de O'Connell, á quien Montalembert había visto y cuyo papel le había deslumbrado.

Sin embargo, el proceso de la *Escuela libre* no tuvo sino una resonancia pasajera: algunos, aun de los mejor intencionados, juzgaron algo excéntrica la reivindicación del joven par, que no fué más que una de esas escaramuzas que preceden de mucho á la verdadera batalla.

Hasta diez años después no comenzó la cuestión de la libertad de enseñanza á preocupar á la opinión pública; y ni siquiera entonces sabían todavía con firmeza los católicos el terreno en que se colocarían. Los obispos se proponían, ante todo, evitar toda ingerencia del poder civil en la dirección de sus pequeños seminarios; muchos miembros del clero, de los más virtuosos é ilustrados, vacilaban en poner al servicio de una religión de paz las temibles armas de la palabra y de la prensa, pareciéndoles más prudente negociar una inteligencia con el gobierno y obtener de la buena voluntad de éste amplias tolerancias para sus establecimientos religiosos; y, por último, los más ardientes tenían menos prisa por reclamar la libertad para sí que por atacar á la Universidad y se excendían á menudo en estos ataques, denunciando á las personas, aduciendo hechos falsos y añadiendo á los agravios hartos reales otros quiméricos ó pueriles acusaciones, con lo cual comprometían su propia causa y proporcionaban á sus adversarios fáciles ocasiones de represalias.

Era preciso disciplinar aquel ejército tan poco homogéneo, imponerle un plan general de acción, hacer aceptar á todos un mismo santo y seña, es decir, la *abolición del monopolio y la libertad de enseñanza*. Entonces apareció nuevamente Montalembert. Ya no era éste el joven par de 1831, cuya sinceridad agradaba á todos, pero cuyo ardor fogoso hacía sonreír; habían pasado por él diez años, su inteligencia habíase madurado y había sacudido el yugo de M. de Laménais que durante demasiado tiempo dominara en su alma. En la alta Cámara, sus colegas, envejecidos en la política, habíale escuchado al principio con indulgencia un tanto irónica; pero poco á poco había cesado la ironía y muy pronto se convencieron aquéllos de que la indulgencia no era necesaria. Montalembert se había conquistado la atención de todos, la simpatía de un gran número y la adhesión abnegada

de algunos, y los pares, algo celosos de la Cámara de los diputados, se complacían en propagar su naciente fama. En aquella lucha por la libertad de enseñanza su actividad fué prodigiosa y su habilidad casi tan grande como su actividad. Contaba con los más incómodos aliados, es decir, los obispos, venerables personajes á quienes á veces era menester dirigir, aparentando siempre que se les seguía, y se le vió alentar á los tímidos, contener á los fogosos, esforzarse por vencer los escrúpulos de los prelados que, como el arzobispo de París, veían con desagrado la acción pública, multiplicar los discursos y los folletos, no cansarse nunca de repetir la frase de San Pablo «*Civis romanus sum ego*,» apremiar á los católicos para que la repitieran con él, reclutar preciosos adeptos, como M. Dupanloup, el padre Ravignán, M. Beugnot, M. de Vatimesnil y monseñor Parisís, fundar el *Comité de defensa religiosa*, y procurar, en las elecciones de 1846, que los diputados conservadores incluyeran en su programa la libertad de enseñanza. En ciertas ocasiones halló en su corazón algunas de esas frases afortunadas que por sí solas valen tanto como un programa y que hacían estremecerse de legítimo orgullo á las almas de los católicos: «Somos los hijos de los cruzados, dijo un día desde la tribuna, y no retrocederemos ante los hijos de Voltaire. Nadie había practicado en Francia como él la agitación legal, y la practicaba con gran sorpresa de sus adversarios, quienes, en su asombro, se olvidaban á veces de burlarse de él, y con sorpresa casi igual de sus amigos, que vacilaban en seguirle y que, no obstante, le seguían emocionados, arrobados y algo atemorizados.

¿A qué se debió que tan vigorosa campaña no diese resultados? ¿Por qué el régimen de Julio retrocedió ante la concesión de una libertad erigida en principio en la Carta y tan poco peligrosa para el orden público?

Proyectos, en verdad, no faltaron. En efecto, durante los diez y ocho años del reinado de Luis Felipe, los ministros de Instrucción pública presentaron cuatro proposiciones de ley para resolver tan importante cuestión: la primera lo fué por M. Guizot en 1836; la segunda y la tercera en 1841 y 1844 por M. de Villemain, y la cuarta en 1847 por M. de Salvandy. Pero todas estas tentativas fracasaron por diversas razones. El proyecto de M. Guizot, concebido dentro del más equitativo espíritu, se estrelló contra los prejuicios de la Cámara de los diputados que, adoptando una enmienda de M. Vatout, negó el derecho de enseñar á las congregaciones religiosas no autorizadas; el de 1841, mucho menos liberal, fué retirado aun antes de que se hubiese emitido dictamen sobre él, y el de 1844, votado por la Cámara de los pares, pasó al Palacio Borbón, en donde, después de un dictamen hostil de M. Thiers, quedó arrinconado en el polvo de los archivos. En cuanto al de 1847 iba precedido de una exposición de motivos pomposos en la que se prodigaban las protestas liberales y aparecía de nuevo la elocuencia algo teatral de M. de Salvandy; pero la proposición, llena de restricciones y de reservas, no respondía ciertamente á tan solemnes promesas y aun era menos favorable el dictamen de la comisión confiado á M. Liadieres. Ocurría esto en las proximidades del año 1848.

Aparte de todas las sorpresas y de todas las evoluciones parlamentarias, una causa general explicaba estos

sucesivos abortos, y esta causa era el mismo espíritu del gobierno y de las Cámaras. El gobierno de Julio no abrigaba ninguna hostilidad sistemática contra el clero ó los católicos; muy al contrario, inclinábase gustoso á la benevolencia en todas cuantas ocasiones podía hacerlo sin perjuicio para su política ó para su popularidad; pero el rey, como la mayoría de sus consejeros, carecía del sentido de las cosas religiosas, y si bien no sucedía así con M. Guizot, las preocupaciones de los asuntos generales le absorbían con demasiada frecuencia. Por lo que toca á las Cámaras, más bien estaban dispuestas á contener á la realza que á impulsarla que avanzara: en el Palacio Borbón, y aun más en las Tullerías, los principios de libertad y de equidad desaparecían ante el temor á los jesuitas y los lamentos de la Universidad, disposición que vinieron á fortalecer ciertos ataques exagerados contra la enseñanza oficial. A los ojos de la mayoría, que se dejaba llevar de su prevención, tratábase no de suprimir el monopolio en nombre de la libertad, sino de decidir entre la Universidad que representaba, así á lo menos se decía, el progreso moderno, y las congregaciones que defendían las ideas retrógradas. Las inteligencias más eminentes, los Sres. Dupin, Cousin, Thiers, incurrieron en este error común y en vez de disiparlo lo autorizaban con sus nombres.

Para determinar una apreciación más equitativa necesitábase una dura lección de los acontecimientos; y esta lección, demasiado dura por desgracia, llegó el 24 de febrero.

V

Cuéntase que, pocos días después de la Revolución, V. Cousin encontró al Sr. de Rémusat en el muelle Voltaire y le dijo en tono de espanto, levantando los brazos al cielo: «Corramos á echarnos en brazos de los obispos; son los únicos que hoy pueden salvarnos (1).» Esta frase pinta bien el trastorno profundo que se apoderó de los parlamentarios más ilustres á la proclamación de la República. La monarquía constitucional, las Cámaras, el régimen censitario, todas las instituciones fundadas por ellos desaparecían de pronto. En su espanto, volviéronse hacia la única autoridad moral que quedaba en pie. Se tuvo tanto miedo á los socialistas que nadie se acordó de temer á los jesuitas.

Sin embargo, la libertad de enseñanza no se aprovechó en seguida de aquellas favorables disposiciones. El ministro de Instrucción pública, Sr. Carnot, al anunciar á los rectores por vía de circular el nuevo régimen, les hizo observar, por el contrario, que «una de las consecuencias de la revolución era el poner término á todos los temores que, desde hacía tres años, habían inquietado á la Universidad (2).» El proyecto de constitución, en su artículo noveno, proclamó, á la verdad, que la enseñanza era libre; pero, el día de la discusión pública, la Asamblea desechó las enmiendas que tendían á restringir ó á precisar el derecho de inspección del Estado: hasta escuchó con cierta displicencia á Montalembert que hubiera querido que el derecho de enseñar fuese incluido, como el derecho de reunirse ó de solicitar, en

los derechos fundamentales (3). Finalmente, Cavaignac negóse siempre á contraer compromiso alguno sobre tan grave cuestión.

Luis Bonaparte se apresuró más á satisfacer los deseos de los católicos. Antes de su elección, renovó varias veces á Montalembert y á sus amigos las promesas más satisfactorias (4). Una vez elegido, dió de su buena voluntad una prueba más manifiesta confiando al Sr. de Falloux la cartera de Instrucción pública. Aquel día, la causa de la libertad de enseñanza dió un paso decisivo: el nuevo ministro tenía á la vez bastante buen deseo para emprender la obra y bastante habilidad para llevarla á buen término.

El 4 de enero de 1849, el Sr. de Falloux instituyó en el ministerio de Instrucción pública dos comisiones encargadas de preparar un proyecto de instrucción primaria y otro de segunda enseñanza. Un espíritu de inteligente equidad había presidido á la elección de los individuos de estas comisiones por el ministro. La Universidad estaba representada en ellas por sus miembros más eminentes, como eran Saint-Marc-Girardin, Cousin y Dubois; el clero, por el P. Dupanloup y el P. Sibour; el partido católico propiamente dicho, por Montalembert, Agustín Cochin, Laurentie, Riancey y Armando de Melún. Varios hombres de matiz político menos pronunciado, pero que se recomendaban por su talento y buena fe, formaban una especie de grupo intermedio: en éste figuraban Janvier, ex consejero de Estado; Freslón, ex ministro de Instrucción pública con el general Cavaignac; el pastor protestante Cuvier; el Sr. de Corcelles, que volvía entonces de su primera embajada á Gaeta y había de partir algunos meses después para otra misión. Hasta el elemento obrero estaba allí representado por el diputado Peupín. El ministro, finalmente, no había dejado de apelar al concurso de Thiers, y su designación era la más importante y la más política.

Desde la primera sesión, ambas comisiones se fundieron en una sola. Falloux era su presidente de derecho; Thiers fué nombrado vicepresidente. El ministro alegó los múltiples deberes de su cargo para dejar á Thiers la dirección de los debates, esperando que este hombre de Estado, una vez comprometido, se constituiría en defensor de la libertad de enseñanza.

Esta deferencia era merecida y el cálculo bien fundado. Thiers había experimentado más que nadie la influencia de los últimos acontecimientos. El 2 de mayo de 1848, en una carta que vió la luz pública, se expresaba en estos términos: «En cuanto á la libertad de enseñanza, he cambiado, no por una revolución en mis convicciones, sino por una revolución en el estado social. Cuando la Universidad representaba á la buena y juiciosa burguesía y enseñaba á nuestros muchachos según el método de Rollín, yo quería sacrificarle la libertad de enseñanza... Pero la Universidad ha caído en manos de los falansterianos... Llevo mi odio y mi calor de resistencia donde se encuentra hoy mi enemigo. Ese enemigo es la demagogia, y no le entregaré el último resto del orden social, es decir, el establecimiento cató-

(3) *Monitor* de los días 19, 21 y 22 de septiembre de 1848.

(4) M. de Falloux, *Les républicains et les monarchistes depuis la révolution de Février* (*Revue des Deux Mondes*, febrero de 1851). M. de Falloux, *Le parti catholique. Mémoires inédites* de M. Armando de Melún.

(1) Máximo Du Camp, *Souvenirs de 1848*, pág. 113.

(2) Circular de 25 de febrero de 1848 (*Monitor* de 1848, página 504).